

NOTA DE RECTORÍA

!UN GRAN CIENTIFICO!

Creo que era septiembre de 1.995, la fecha es lo de menos, cuando le traté. Yo estaba sentado en el paraninfo verde de la Academia Colombiana de Historia, en la primera fila, por indicación de su secretario, el doctor Roberto Velandia. Nunca me ha gustado la primera fila, pues es muy difícil para escaparse sin que el resto del auditorio se de cuenta, pero me tocaba.

Se oyó un ligero murmullo e hicieron su entrada, Carlos Lleras Restrepo, expresidente de Colombia; Luis Duque Gómez, presidente de la Academia, él y tras él, el secretario de la misma. Iba encorvado, con un traje café de confección ordinaria, y una corbata de seda del mismo tono, un tanto fuera de moda. Estaba apoyado en un bastón y su boca iba abierta, como los perros viejos. Miraba el suelo. Guiándose con las manos por el contorno de la mesa, se fué sentando en el sitio donde el general Durán Pombo, le indicó. Por encima de la montura, miro al auditorio y sonrió. Era una sonrisa pícara, como si hubiera reconocido a alguien especial. Siguió con la boca abierta. Después me enteraría de que estaba casi ciego y próximo a cumplir los 95 años.

Yo le miraba con incredulidad, me parecía que no era verdad que estaba frente al más culto escritor que ha nacido en América. La América, sobre la que tanto escribió. La América que analizó, la que era otra cosa, la que era de siete colores. Adoraba América. Le encantaba narrar que la papa le había salvado la vida a los europeos evitándoles penosas hambrunas. Se imaginaba a las sirvientas de la reina María Antonieta, arreglándole flores de papa en la corona para así inducir a la gente a pensar en un gran producto, digno de las testas coronadas. La florecilla de la papa azul y blanca, tan pequeña, tan humilde. La papa a quien el cocinero de Luis XIV (Savarin?) presentaba en 14 formas de preparación.

Allí estaba con su cara casi imberbe, los pelos de las orejas que se le asomaban, los ojos achinados y un tanto colorados por la falta de algo, (así eran los de mi mamá) de ese algo que siempre falta en la vejez. Hasta que un día no falta nada y entonces se amanece muerto. La cara era como una caja de bocadillos, rectangular. De bocadillos veleños. Los dientes mellados y de color marrón.

Por mi mente desfilaban Alfonso el Sabio, Salamanca, Alberto Magno, Inocencio IV, Alejandro IV, Domingo de Guzmán, Colón, el licenciado Calzadilla que demostró, con singular argumento científico, que en América no podía haber oro ni riquezas. Y sobre todo la Simonetta, la bella Simonetta, con ese apellido sencillo y enredado que es, a la vez, el de Vespuccio. Era otro, estaba transportado a la mesa redonda en la que convocaba a los estudiantes. Allí estaba yo sentado, en nuestro Camelot y él, el mítico rey Arturo. Siempre me he sentido un estudiante.

Al rato comenzó su disertación el doctor Carlos Lleras Restrepo y él se durmió. No lo culpo, a mi también las exposiciones del doctor Lleras me producían sueño: «Amigos y amigas» y su cabeza de bola de billar inclinada a un lado y más antes con un sempiterno cigarrillo Pielroja colgado de la comisura izquierda de su boca. No me acuerdo de qué habló.

Luego intervino, Luis Duque Gómez, creí que iba a hablar de las ruinas de San Agustín. El que es tan docto en eso, pero no, habló de otras muchas cosas, con gran propiedad. Tampoco me acuerdo de qué habló el «godo de Marinilla», como le dicen sus amigos, no se si de frente o en sus espaldas, pero si se lo escriben. Por qué las llamarán «ruinas de San Agustín», pues son unos monolitos que, ni son ruinas, ni son de San Agustín.

Y por último entró él, y simplemente dijo el presidente: «Ahora, hará uso de la palabra don Germán Arciniegas». Así sin título de ex-presidente ó de presidente, sino con el término de don (dicen que es la sigla de «de origen noble»). Tan importante que es en España el «don». Al rey se le dice don, al médico importante, al intelectual importante, al que es importante que no es lo mismo que al famoso. Me agrada mucho cuando en Madrid, mi amigo don Fidel Fernandez - Rubio, médico de Franco y del rey, me presentaba en el Palacio del Prado como: don Rafael. Aquí lo volvimos título de tendero «vaya a la tienda de don Pedro y trae...» en fin.

De qué habló el maestro Arciniegas, tampoco me acuerdo, para eso son las Actas, y en la Academia son muchas, pero de lo que sí me acuerdo es de la primera vez que lo ví. Fué en Villavicencio, en el teatro Maiporé, disertó sobre América y su aporte a Europa. Al final le aplaudimos rabiosamente y él simulando que aplaudía, metía la cabeza entre los hombros como preguntando: por qué aplauden. Luego en el Club Meta compartimos con él un almuerzo invitados por Rosita Hoyos de Mejía, directora de la Casa de la Cultura de esta ciudad.

Terminada su exposición, se levantó la sesión y nos dirigimos al salón Alberto Lleras para un cóctel. Yo me acerqué al maestro a felicitarlo, pero al ver su dificultad al caminar le dije: «permítame ser su lazarillo» a lo que me contestó. «Pero no me haga lo del Tormes, que paraba frente a una pared a su ciego y le decía: «brinca». Me puso la mano en el hombro y me dijo con energía: «Eche, eche».

En el cóctel le sirvieron un jugo y él quedadamente dijo «yo quiero un whisky». Así que volé y tomé de una bandeja un vaso de whisky y le eché otro, se lo llevé al maestro y se lo tomó de un solo sorbo ante la mirada de complacencia de quienes lo atendíamos. Al rato oí, a su hija Gabriela, molesta porque le habían dado trago al maestro. Yo me hice el que no era conmigo.

Me acerqué, nuevamente y le dije «maestro permítame tomarnos una foto con usted y mi hermano Antonio». Así que nos colocamos en fondo, el volteó, me miró y me dijo: «Y saldré yo, también, tan buen mozo?». Solté la risa y nos tomaron la foto. Le aboné tres mil pesos al fotógrafo y hasta el sol de los venados. Jamás obtuve la fotografía, y hoy en día creo, que sería un bello recuerdo, pues aunque algunas veces más volví a tratarlo, no volví a tomarme fotografía alguna con él.

Cuatro años después, moriría sin sorprender a nadie, con gran lucidez, dictando su columna semanal del diario El Tiempo. En Florencia, me decía el conde Piccio, se le tiene por el más grande intelectual del siglo XX. «Nadie, como él, sabe tanto de la historia y del arte florentinos». Y cerró sus ojos sin llegar al año 2.000 que era por entonces su ilusión. Afuera sonaba el tango Cambalache:

*Siglo XX Cambalache
Problemático y febril
el que no llora no mama
el que no roba es un gil*

*... los ignorantes nos han igualado
lo mismo es un burro que un
gran profesor...*

*Rafael Mojica García
20 de Agosto del 2.000* ☐



UNIMETA

1

5

A
Ñ
O
S